



Fotografía: Yves Bass

Quando los caballos de San Juan callan **When the horses of San Juan are silent**

Recibido: 12-11-2018

Aceptado: 15-12-2019

Norelsy Lima¹

Investigadora-Museo de Arte Moderno Jesús Soto.
norelsylima@gmail.com

Desperté esta mañana revolviéndome en mi cama mientras los rayos del sol se colaban perezosamente por las rendijas de mi ventana. El tiempo natural discurre sin la compañía de la sociedad congelada. En ella todo permanece suspendido hasta nuevo aviso. Me desperezo, desayuno, ya se fue media mañana. Platos van, ropa viene, mamá se empeña en mantener un orden anormal en la casa, sin mucho éxito.

—Hoy es día de San Juan. No llevaste a Rodrigo a ver los caballitos de San Juan. Tenías que haberte parado temprano para llevarlo al casco histórico— parloteaba mi madre en tono de reproche.

1. Licenciada en Letras Mención Historia del Arte-Universidad de los Andes, Mérida.

—En el casco Histórico no debe haber nadie, estamos en cuarentena- le recordé con desdén.

—Eso debe estar emparrandado en el centro— prosiguió mi madre, ignorándome olímpicamente.

Al cabo de un rato mi madre terminó de hablar y se puso a trabajar. Llamé a mi mejor amigo y cómplice, le comenté que hoy es el día de San Juan, le pedí que fotografiara para mí un caballito de San Juan. —¿Qué es eso?— me preguntó en tono huraño.

—¿No sabes qué son los caballitos de San Juan?— le pregunté con incredulidad. Negó. -Se trata de una tradición local. Los niños de Ciudad Bolívar van al casco histórico agitando unos caballos hechos de palo y cabeza de retazos de tela. Caminan por las calles del casco histórico, se paran frente a determinadas casas y gritan todos al unísono levantando sus caballitos al cielo: ¡San Juan! ¡San Juan! Luego salía el dueño de la casa y lanzaba caramelos a los niños, para que éstos lo recogieran. ¿Nunca fuiste a la fiesta de los caballitos de San Juan?— pregunté sorprendida.

—¡Ah, para eso servían los caballos feos esos! Yo pensé que se los daban a los carajitos para que jodieran un rato por ahí y ya. No sabía que parrandeaban en el casco histórico con ellos. Me entero— sin embargo prometió que en algún momento fotografiaría uno para mí.

Colgué, hice los oficios y después me senté a hacerle compañía a mi hermano, quien jugaba en el cuarto con mi hijo, Rodrigo. Éste último hacía las travesuras permitidas a sus tres años de edad. —¿Recuerdas cuando papá nos llevaba a ver los caballitos de San Juan?— le pregunté a mi hermano interrumpiendo sus cavilaciones.

—Sí, siempre nos parábamos temprano y papá nos llevaba en el carro, lo cual era contraproducente- dijo él en tono apacible.

—¿Porque a papá le encantaba llevarnos a esa clase de bochinchas pero se estresaba porque había demasiada gente por las calles y no conseguía donde estacionar el carro?— pregunté con sorna. Papá se empeñaba en buscar puesto frente a la plaza Bolívar y se disgustaba cuando tenía que estacionarse frente al palacio legislativo o casi llegando a la calle Venezuela.

—No, porque a nosotros no nos gustaban las chucherías y al mes nos tocaba botar los caramelos rancios olvidados en la nevera— respondió divertido.

—Yves no conocía esa tradición, así que nunca fue a verla- le comenté.

—La mitad de la gente de Ciudad Bolívar no la conoce. Papá se enteró porque una paciente se lo contó y por eso nos llevaba. A él le gustaban esas cosas— me explicó Samuel.

Recordé aquéllas mañanas calurosas de los 24 de junio, cuando papá nos despertaba y nos decía que nos apuráramos para ir a ver los caballitos de San Juan. Su entusiasmo era contagioso así que presurosos, hacíamos lo que nos pedía. Nos cepillábamos y nos arreglábamos rápido. Mamá nos tenía listo el desayuno. El aroma a panquecas, huevos fritos y tocineta impregnaba el ambiente de la casa y nos enloquecía. Después de desayunar, buscábamos nuestros caballitos y salíamos a toda prisa en dirección al Casco Histórico en el carro. Mamá nos acompañaba siempre, una vez nos acompañaron los vecinos del piso de arriba. Los caballos, después de pasar un año encerrados y olvidados en nuestros armarios, parecían alegrarse de ver la luz del día y de participar del ambiente familiar que se cernía a su alrededor.

Nuestros primeros caballitos nos lo regaló la mamá de Nubia, una de las primeras ayudantes que papá tuvo en su consultorio. Estaban hechos con un palo de escoba pequeño, confeccionados por la misma señora. Uno rosado para mí, otro azul para mi hermano. Eran preciosos.



Fotografía: Yves Bass



Fotografía: Yves Bass

No recuerdo sus nombres, hace bastante que los sostuve entre mis manos. El tiempo pasó, crecimos y naturalmente nos quedaron pequeños. Fue entonces cuando le pedimos a papá que nos comprara unos más grandes, así que fuimos a la Plaza Miranda. Allí los vendedores deambulaban exhibiendo sus mercancías. Mi hermano y yo nos antojamos de unos hechos con palo de mata, cabeza de escarpadas curvas adornada por briznas de hilo pabilo desde donde colgaban retazos de telas multicolores. Los firmaba un tal Tito, eran los más artesanales. Éramos niños y no nos gustaban las cosas complicadas, o quizás eran los que estaban a mejor precio, a juicio de mi papá.

La Plaza Miranda era el punto de partida de la fiesta, está situada frente a la Antigua Cárcel, en la cima del casco histórico. Allí, bajo el sol abrasador, los vendedores exhibían una gran variedad de mercancías: *raspaos* o *bola 'e nieve*, chicles, caramelos, algodón de azúcar, melcochas, pastelitos, empanadas y chicharrones. Y, por supuesto, los caballitos de San Juan, junto con los niños, los protagonistas indiscutibles del evento. Desde allí las calles se desbordaban ante esa marea de muchachos descendiendo por las calles del cerro, ahogando esas casas de grandes ventanales, prestos a desembocar en el Paseo

Orinoco. Iban coreando una melodía dispuesta para la ocasión: —riqui, riqui riqui ra, caba-llito de San Juan—. Convenía entonarla durante la caminata, según la tradición, para hacer más amena la espera del tan anhelado premio. La multitud se detenía frente a las casas designadas y la pintoresca melodía cesaba para dar paso entre gritos a una simpática exigencia: ¡San Juan, San Juan, San Juan!— gritaba una y otra vez la muchedumbre enardecida, hasta que salía el dueño de la casa con paso pícaro, alegre o ceremonioso, dependiendo del carácter del personaje en cuestión, cargando una cesta cuyo contenido aventaba hacia la gente. Una lluvia de dulces caía sobre la multitud, los carajitos los recogían afanosos. Uno que otro adulto también recogía del suelo para guardarlo en su bolsillo o llevárselo disimuladamente a la boca. La multitud se llenaba de júbilo para luego seguir presurosa su travesía cantando -riqui, riqui ra, caballito de San Juan— hasta llegar a la siguiente casa. Esta operación se repetía a lo largo de toda la celebración.

A una cuadra del Paseo Orinoco, la corriente hasta entonces descendente, interrumpía su cauce, ascendiendo. La gente volvía a la Plaza Miranda, con sus cuerpos sudorosos y sus caras sonrientes empegostadas de dulce. Algunos se desviaban en dirección a sus casas, los habitantes de Soledad partían en dirección al puerto de las lanchas, los otros iban al Jardín Botánico a agarrar bus, perreras, taxi o carrito por puesto, dependiendo de la disponibilidad y de su bolsillo. Nosotros caminábamos en dirección al carro, para esa hora ya papá cargaba los caballitos en su mano. Subíamos y nos íbamos derecho a la casa, a bañarnos y a almorzar. Por ser feriado nos tocaba hacerlo en casa.

Esa fecha abastecíamos la nevera de dulces. Nosotros no éramos dados al consumo de caramelos: a Samuel le causaban repulsión, yo sólo me aventuraba a saborear una que otra chupeta. Sólo íbamos porque nos entusiasmaba salirnos de la rutina, hacer algo diferente.

Hoy, registrando en el armario de mi hermano, encontré oculto en un rincón el polvoriento caballito que fuera de mi hermano, el único sobreviviente silencioso al paso arrollador del tiempo. Lo vi con nostalgia, hace años que no ve a sus pares en la procesión popular. Ahora yace olvidado y triste entre mis manos, deseando ver la luz del sol, deseando una buena compañía. Resolví dárselo a mi hijo, quien

luego de superar su renuencia inicial, supo disfrutar de él, haciéndole compañía en esta cuarentena.

El caballito viejo y cansado entre mis manos, parecía rejuvenecer cuando era agitado por las manos diminutas y los gritos de mi hijo. Éste aprendió rápidamente a cantar la melodía de la fiesta de los caballitos de San Juan, se prepara para bochinchar con los otros niños en el casco histórico de Ciudad Bolívar el año entrante, vigilado por las miradas acechantes de Dios Todopoderoso y el monstruo de siete cabezas que se asoma desde su inexpugnable fortaleza, la Piedra del Medio, una Atlántida selvática en medio de las oscuras aguas.



Fotografía: Yves Bass